

## CAPITULO II

*Febrero.*

Un consejo que me permito dar á los que estudian á las mujeres: fíjense en el diverso modo que tienen de hacer parar los tranvías, tanto desde la calle como desde el interior, y esto les dará gran luz para juzgar de su carácter. Algunas agitan en alto la sombrilla, de lejos, como un capitán de caballería agita su sable, y lanzan un *¡pare!* imperioso, arrugando el entrecejo y tendiendo el brazo, como para dar una orden á un marido rebelde; otras agitan la mano á la altura del hombro, como al llamar á cualquiera, ó la levantan graciosamente con dos dedos extendidos, con el gesto de la colegiala que pide algo á la maestra: mujeres de buena pasta, á lo que parece. Es infinita y rica de matices psicológicos la gama de los *¡pare!* argentinos ó graves, trémulos ó suaves como arrullos de tórtolas ó acentos de amor, ó duros y cortantes como el *¡no!* de una virtud inexpugnable. Las que tienen el *¡pare!* suave, se apresuran á subir, excusándose aún de su retardo con una tímida mirada y sonriendo;

*Carrozza di tutti.*—Tomo I—3



las otras, aun cuando estén lejos, no se apresuran y no prestan atención á los signos de impaciencia que hacen los viajeros, antes al contrario, suben con una cara de reina ofendida. Son más distintos todavía los modos de hacer parar los coches para bajar. Unas se levantan de repente y dan un tremendo tirón de la correa del timbre, como un amo iracundo que llama á su criado; otras hacen un signo tímido al conductor para que hagan parar el coche, ó si están en la plataforma, tocan delicadamente con el índice la espalda del conductor, y le dicen al oído, como en el confesonario: «si quiere hacer el favor de parar un momento». Se advierte en muchas, especialmente en las damas de alta clase, que la cortesía excesiva, casi la humildad con que se dirigen al cochero, depende del concepto que tienen de la brutalidad de los hombres del pueblo y de su odio contra los señores. Con aquella humildad intentan amansarlos, y sucede que á veces los empleados corresponden á ella con verdadera grosería, no por mala educación, sino porque se dan cuenta de la razón que les obliga á usar de tanta cortesía y que les repugna por tal motivo.

\*  
\* \*

Repasando y clasificando estaba esas observaciones hechas en mi fuero interno, cuando de repente subió y se quedó á mi lado, en el tranvía de Viali, cerca de la Mole Antonelliana, un joven conocido mío, un muchacho hercúleo, fresco y sano como una rosa, ahijado de un rico propietario, aficionado á la pintura á ratos, simpático en gra-

do sumo, por una mezcla original de ingenuidad y malicia, y compañero amenísimo de excursión, pues conocía á medio Turín. Seguí en voz alta el curso de mi pensamiento.

—¡Ah!—exclamó.—¿Hace usted observaciones acerca de los tranvías? También yo.

Había hecho también estudios acerca del «erotismo tranviario»; pero preferentemente se ocupaba en un orden especial de estudios: era un *especialista* del bello sexo.

Explicándome estaba sus observaciones, cuando se interrumpió para mirar á una señora que se hallaba en el interior; luego me preguntó si recordaba dónde había subido aquella señora.

—En la plaza Víctor Manuel, me parece.

—Perdone—añadió.—¿Ha observado usted si tomó billete de *combinación*?

—No lo he notado.

Recapacité un momento, y luego:

—De fijo que lo ha tomado—afirmó.—Es un caso raro. Recorre todas las líneas é invariablemente toma billete de *combinación*. Debe tener algún motivo para ello: ya para despistar á los curiosos, ya para desviar á cualquier espía que debe tener siga sus pasos.

Le pregunté quién era. Lo sabía, pero no quiso decírmelo.

—Es la señora de las... *combinaciones*—dijo sonriendo.

Y me habló de su especialidad. Se divertía indagando intrigas amorosas. Hablóme de que accechaba á una señorita de familia conocida, que subía siempre al tranvía con la doncella, pero fingiendo no ir con ésta, y en un punto dado bajaban las dos, tomando cada una por su lado; allí había un secreto que no había podido descubrir aún. ¡Ah, los tranvías! ¡Qué de facilidades había dado á los amantes y qué de tormentos



á los celosos! El conocía maridos celosos que prohibían en absoluto á sus mujeres tomar un tranvía; que antes que subir con ellas á una plataforma ocupada, cuando el interior estaba lleno, andaban dos kilómetros sobre la nieve, y que cuando se veían obligados á introducir á su cara mitad en aquel círculo de hombres de pie, vigilaban con ojos de basilisco las caras de todos y sufrían los tormentos del infierno. A uno había oído decir que el tranvía era inmoral, que los coches eran vehículos de escándalos, casas ambulantes de perversas costumbres. Por otra parte, sabía de algunos que consideraban el tranvía como una institución de policía conyugal. Una señora hacía presentar á su marido los billetes para ver si, efectivamente había ido á donde le dijera, y que cuando su víctima le decía:—«Voy á tal barrio», marido y mujer se topaban de nuevo: ella contenta por no haber sido engañada, él indignado de que le hubiesen seguido; y gresca al canto.

—La línea más á propósito para las citas amorosas—me dijo luego,—es la de la plaza de Castello á la carrera de Niza.

Le pregunté por qué.

—No lo sé—contestó;—pero es un hecho. Hablaremos más despacio.

Y cuando ya iba á bajar, se detuvo para decirme:

—Entretanto, vea usted allí una escena que creo ha de interesarle.

Era, en efecto, una escena amenísima: Agrupada á un lado de la vía, estaba una familia numerosa compuesta de dos viejecitos, tres muchachas y dos niños, que avisaban al cochero que parase, agitando todos á una, entre la niebla, un bastón, cuatro sombrillas y no sé cuántos pañuelos, con los brazos en alto, con movimiento regular y continuo, como un grupo de náufragos sobre un es-

collo, pidiendo socorro á un buque que pasara á la vista.

—Frecuente usted la línea de la carrera de Niza—me dijo el pintor bajando.—Hallará usted muchos *documentos*.

•  
•

Precisamente aquellos días hube de frecuentar aquella línea para visitar á un antiguo amigo, enfermo, que vivía en la carrera de Galileo. Y fué para mí un placer nuevo advertir, en aquellas madrugadas grises de invierno, por la larguísima calle recta que recuerda las de Londres y París, cómo la ciudad va poco á poco diseminándose, si así puede decirse, hasta que al llegar á la carrera de Niza, cosas y hombres respiran ya la quietud del campo. Al cabo de bien pocos días conocí la línea. A las diez llegaba la *cantinera*, el coche consolador que lleva á la plaza Manuel Filiberto la comida de conductores y cocheros, el cargamento de los suspirados cestos, enviados unos por la cocina económica de la «Sociedad Turinesa», otros enviados á la Sociedad ó entregados á la mano á los conductores á lo largo de la vía y recomendados como un niño por las mujeres y muchachas, apostadas cada día en el mismo punto y hora, como para una cita amorosa. Volviendo al mediodía, hallaba el tranvía de los «empleados», aquel que, partiendo de la plaza Castello á las once y media, recoge á lo largo de su trayecto, en el arrabal de San Silverio, á todos los dependientes que van á comer á sus casas, bostezando formidablemente, con las caras alargadas por el hambre y los ojos inquietos de impaciencia. A



veces, volviendo al cerrar la noche, subía al tranvía en que toman asiento las familias que viven en las afueras, y van al teatro entusiasmadas por tal proeza, como si fuesen á Turín desde otra ciudad, hablando alto y atropelladamente, y semejantes á un grupo de estudiantes que parten en busca de aventuras. Y entre uno y otro trayecto, observando los caballos, en tanto que esperaba en la Barrera, empecé á sentir simpatía por aquellas pobres bestias, procedentes casi todas de Hungría y compradas en las ferias de Sunigo, Tovar y Pádua; algunas hermosas aún y vigorosas, otras con las manos dobladas, estropeadas y deformadas por esparavanes y mataduras, conocidas y designadas por extraños nombres que les puso la fantasía de los empleados un tanto leídos:—Esparta, Ovo, Falo, Rabargás, Ministro, Bibí, Novelista, Coronel, Episodio, Camelia, Gorrión, Senado, y otros y otros;—bestias destinadas á pasar de los tranvías á los simones, á los carros, á las máquinas, á los coches fúnebres, á los carrromatos de saltimbanquis, para dar, al cabo, al hombre su carne, su piel y sus huesos, después de haber trabajado diez años en su servicio y dejado la vida bajo su látigo...

\*  
\* \*

Desde el primer día conocí en aquella línea un cochero típico; y doy á esta palabra su verdadero significado, porque era de aquellos que en cada una de las familias de empleados y operarios resumen el mal humor, la tirria y el espíritu de rebeldía de la colectividad. Era un hombre robusto, con la cabeza hundida entre los hombros,

con una cara color de barro cocido, barba hirsuta y voz de trueno. Mugía en su sér una tempestad continua. Mascullaba sin punto de reposo pestes y más pestes contra las bicicletas que pasaban, contra los pájaros que espantaban los caballos, contra los carreteros que obstruían la vía, contra quien subía ó bajaba, contra los animales del tiro, contra el látigo, el timbre, el cariz del tiempo. Y cuando no blasfemaba en voz alta, lo hacía con sus más pequeños movimientos, con el modo de crugir la fusta, de tirar de las riendas, de volver la cabeza y los ojos, de echar el freno y patear; y cuando no la emprendía directamente contra alguien ó contra algo, murmuraba interminables soliloquios ininteligibles mirando á lo alto, como si un enemigo visible para él solo le provocara bailándole delante en el aire, y se desfogaba silbando sin necesidad, rabiosamente, como si silbara á la creación entera. Desde la plaza Castello á la Barrera, no lo vi humanizarse un momento; parecía encerrar en sí mismo toda la ira de un pueblo; no comprendía yo cómo no estallaba. Pensé que si tenía mujer, ya podía contar con el paraíso. Le llamaban *Tempestad*, y le venía de perilla el mote. Muchos pasajeros se burlaban de él; pero á mí me causó compasión, porque un pobre diablo que pasa el día de aquel modo, se condenaba á sí mismo al más cruel suplicio que pudiera desearle su más encarnizado enemigo, y me parecía más digno de compasión, porque por cada *Tempestad* que hay entre los cocheros, existen diez entre los pasajeros, que ponen á prueba la paciencia de sus colegas, como aquél ponía la nuestra.



\*  
\* \*

A la familia de *Tempestad* pertenecía aquel señor obeso, de bigotes pintados, que al día siguiente hizo signo de parar en la esquina de la plaza Carignano y calle de Amadeo. Hizo la señal de una manera tan vaga, que el cochero, un larguirucho con nariz aguileña, creyó que la dirigía al tranvía de Vanchiglia, que cruzaba con el nuestro, y después de mirarle, continuó la marcha. Pero aquél echó á correr al lado del tranvía, gritando y haciendo signos con el bastón, y apenas en la plataforma, embistió al cochero.

—¿Qué modos son esos? Te hice seña de parar, y no te ha dado la gana. ¡Eso es una bribonada!

El cochero, resentido, se defendió; disputaron; apareció el conductor, un muchacho de bigote rubio y aspecto pacífico, que tuvo la malaventurada idea de defender á su compañero. El otro cerró contra él y amenazó con dar parte á la Dirección.

—No porque quite un día de pan á mi familia —replicó el cochero,—tendrá usted razón. Y entretanto, no me trate de tú.

El señor obeso le miró con estupor; parecía más sorprendido de la última observación, que de las demás palabras.

—Conozco el reglamento—bramó.—Se trata de usted á los inspectores y á los conductores, y de tú á los mayores.

—Esa es una regla—contestó el otro,—que reza con el personal entre sí, pero no con los pasajeros.

—Ya lo sabré en la Dirección—repuso el de los bigotes, sacando un libro de notas para apuntar el número del coche.

—Apunte, apunte.

—No tengo necesidad de su permiso.

El conductor intervino de nuevo con palabras de concordia, y aquel hombre violento se aquietó; pero permanecía de pie en la plataforma, mirando con rostro de numen irritado. ¿Dónde había visto yo á aquel señor? No me acordaba; pero ciertamente conocía á muchos que eran de su parentela moral; los había visto en todas ocasiones y en todos los países, disputar con camareros de fonda y con mozos de café, con dependientes de comercio, con mandaderos y mozos de cuerda; tratando de tú á todos, aunque tuvieran treinta años más que ellos, demostrando un mal carácter á toda prueba, un odio instintivo. Era uno de tantos para quienes la sociedad parece que se divide en negros y blancos, y no comprenden cómo entre aquellos puede haber uno solo que tenga amor propio; que tratando con los negros juzgan lógico y natural emplear los malos modos; que no esgrimen el bastón como sus antepasados, porque les inspiran temor los puños; pero que, por invencible atavismo, á veces lo levantan aún y hablan de él continuamente; que á esta regla de conducta ajustan sus ideas políticas, designando á cuantos hablan de libertad, de igualdad, de los derechos de los humildes, con este solo y comprensible apóstrofe:—*I baloss.*—¡Facinerosos!

El del bigote pintado bajó desdefiosamente en la carrera Víctor Manuel. El conductor le miró alejarse durante un momento, y dejó escapar un *¡pse!* sugestivo.

—Mal parroquiano, ¿eh?—le dijo un pasajero.

El conductor meneó la cabeza. Le conocía de

3 1037



años. Era la calamidad de aquella línea; hacía dos viajes por día; no pasaba semana que no se pelease con alguien. Una vez armó un escándalo porque el conductor, antes de devolverle el cambio, miró su moneda de una lira con desconfianza. En otra ocasión les había amenazado con una queja, porque el revisor rompía los billetes *en sus barbas* del pasajero, lo cual era una falta de respeto, en vez de taladrarlos con un sacabocados, como hacen en el ferrocarril. Y se «quejaba» en efecto. En la Dirección debían tener un fajo enorme de cartas suyas. Todo el «personal» de la Sociedad le conocía. Llamábanle *Tintura Mìgone*, por la del bigote. En cuanto subía, todo el mundo se ponía á la defensiva, preparándose á un choque.

Y el conductor añadió:

—¡Si á lo menos fuese el único!

—¿Hay, pues, muchos de esa casta?—preguntó el pasajero.

El conductor le miró y sopló con fuerza dentro de la bocina, lo cual fué al propio tiempo una respuesta y un aviso al tranvía del Valentino, que iba á cruzar. Después explicó que, quisquillosos y brutales como el de los bigotes, había pocos; pero que formaban un gran regimiento los que, sin motivo alguno, se quejaban á cada instante y apuraban la paciencia de los empleados porque los cristales dejaban entrar el aire, porque las cortinas de las jardineras eran cortas, porque los billetes eran demasiado pequeños, porque los cocheros apestaban el coche al sentarse en su interior durante las paradas, porque los asientos eran incómodos y las puertas pesadas, y en fin, porque no podían estar dentro del carruaje sin murmurar de esto y de aquello y de lo de más allá.

—Hay que convenir—terminó,—en que hay mucha gente que no sabe que hacer. No crean ustedes que sea una gran vida la nuestra.

Luego, señalando hacia afuera, añadió con resignación filosófica:

—Pero, cuando se ven á esos...

Miré en la dirección que indicaba y vi venir un tranvía de bote en bote. Todos los pasajeros eran jóvenes. Los de la plataforma delantera iban de cara á los caballos, tiesos, inmóviles, con la cabeza alta, en la actitud de las estatuas: eran todos imberbes y pálidos, con algo que les era común en la expresión del rostro, un no sé qué mudo y triste, como si tuvieran todos un mismo pensamiento; era como un pelotón de presidiarios. El coche corría. Vi dentro dos líneas de rostros, también inmóviles, rígidos, con aquella misma expresión indefinible, casi de severo recogimiento, cual si todos estuvieron absortos en la audición de una música grave, que viniera de lo alto y cada uno creyera que él sólo la oía. También la plataforma trasera estaba ocupada por otro grupo de aquellas estatuas vivientes, de rostro lampiño y sin sonrisa, rígido y mudo; había entre ellos algunos niños que tenían igual expresión que los adultos, como si perteneciesen á una raza dotada solamente de juventud fisiológica, para la cual la vida del espíritu fuese una vejez pensadora. Pasaron tan rápidamente, que no pude darme cuenta exacta de quiénes eran. La voz del conductor me sacó de dudas.

—Son los ciegos del Instituto de la calle de Niza; toman siempre á precio reducido un coche para ellos solos.



\*  
\* \*

No vi ninguna de aquellas escenas amorosas de que me había hablado el pintor; no sería ocasión propicia; pero me cupo en suerte en aquella línea, el último día, uno de los mejores viajes posibles. Porque (deben haberlo observado ustedes), hay en el tranvía viajes buenos, en que todas las impresiones son agradables, y malos, en los que sólo se recibe una serie de pequeñas molestias ó de disgustillos. Mi buena ventura empezó en la línea del Martinetto, yendo á la plaza Castello para tomar el tranvía de la Carrera. Era un medio día espléndido. Estaba en la plataforma Carlín, el conductor «africanista», feliz por la marcha del coronel Pittaluga á Assab, desde donde se decía que iba á penetrar en el Harrar con un cuerpo expedicionario. Su plan de coger entre dos fuegos á los abisionios estaba á punto de realizarse, y de él hablaba con un guardia municipal.

—¡Están frescos!—decía.—¡Están frescos! ¡Perrros negros! ¡Ni uno, ni uno solo ha de volver á su perrera!

Parecía que fuese él quien sugiriera la operación al Ministro de la Guerra; sus ojos cantaban victoria. Advertí, sin embargo, que su curiosidad no buscaba sólo asuntos guerreros en los periódicos, pues le oí preguntar al poco rato á un pasajero acerca de aquel profesor austriaco dotado de dos ojos diabólicos que veían á través de una caja cerrada. Comprendí por la respuesta, que se refería á los rayos Rôetgen, y noté también que la explicación acababa de embarullar sus ideas,

cosa frecuentísima entre doctos é ignorantes, aun en política. Que un hombre tuviese una vista tan potente que le permitiera ver á través de la madera, aun cuando fuese extraño, podía comprenderlo; pero la explicación de los rayos eléctricos, resultaba abstrusa para él y poco menos que incomprendible. Estuvo un momento recapacitando, y luego volvió á la campaña de Africa, en la cual veía más claro por lo menos.

En la plataforma trasera estaba el señor de la *Gazzetta del Popolo*, que no había hallado libre su rincón preferido, y en el interior, en el fondo, la muchacha del arrabal San Donato, lastimosa, con un parche verde en un ojo. En el cruce de la calle Siccardi subió el joven, su supuesto novio, que la saludó con su acostumbrada sonrisa melancólica, y se sentó enfrente de ella. El caballero, de pie frente á mí, leía la *Gazzetta*, repasando probablemente lo que hubiera leído de prisa por la mañana. Quizá la leía en dos tirones. Encontrándose en un momento dado nuestras miradas, vi que no había perdonado mi apreciación de la calle Garibaldi, que debió parecerle ofensiva. La atmósfera estaba limpísima: por las veinticinco calles laterales, el sol enviaba otros tantos torrentes de luz que alegraban la sombra severa de la calle larguísima, y de un lado las grandes masas de los Alpes, blancas y azules, y de otro la fachada clásica del «Palazzo Madama», con todos los cristales centelleantes, ofrecían una de las perspectivas más admirables que la naturaleza y el arte, «frente á frente», pueden dar á los dos extremos de una vía urbana. Habiendo subido el primer secretario del Ayuntamiento, que es poeta y artista, le dije:

—¡Qué hermosa es la calle Garibaldi! ¿Verdad que parece que estemos al mismo tiempo en París, en Nápoles y en los Alpes?



Al oír aquellas palabras, el caballero levantó los ojos de la *Gazzetta*, dió una ojeada á la calle y á los Alpes, y luego me miró á mí con una mirada rapidísima y dignamente benigna, que casi significaba mi perdón.

—Gracias sean dadas al cielo—pensé;—ya tengo abierto el camino para conquistar su corazón. El viaje empezaba bajo buenos auspicios.

\*  
\* \*

En la esquina de la calle Botero, una aparición inesperada llamó la atención de todos los pasajeros. Subió y sentóse en el interior una pareja matrimonial. Parecían ingleses, casados y ricos. Eran dos ejemplares de los más bellos que se hubiesen visto nunca de la raza anglo-sajona, un atleta y una amazona, los dos con los cabellos de oro, los ojos de zafiro y las mejillas rosadas; dos esplendores de juventud, de fuerza, de belleza, de amor y de fortuna, de aquellas criaturas que la naturaleza parece haber hecho una para otra, para dar gallarda muestra de lo que puede, y que dejan, por donde quiera que pasan, como un estremecimiento de admiración y de envidia. Todas las miradas se fijaron en ellos, y hasta Carlín prorrumpió en una exclamación admirativa:

—¡Hermosa pareja!

—¡Ah! los dos pobres prometidos de San Donato, ¡cuánto más pobres y desdichados parecían al lado de aquellas dos grandes y pomposas flores británicas! Sentía hacia ellos una piedad profunda, como contemplando las víctimas de una cruel injusticia. La muchacha, sobre todo, me ins-

piró compasión. Miraba á la señora que estaba á su lado, y que le llevaba toda la cabeza, volviendo por completo la cara para verla con el único ojo que tenía descubierto; la miraba como á una criatura excepcional colocada tan por encima de ella que no pudiera ni siquiera envidiarla, y su ojo dilatado expresaba una admiración tan ingenua, una simpatía tan bondadosa y á la par una resignación tan humilde con la propia inferioridad, que en aquel momento parecía bellísima; bella como una de aquellas palabras que fulguran en los libros santos y que en un instante de desesperación suprema, aparecen como por primera vez á nuestros ojos é iluminan nuestro espíritu con luz jamás recibida. Observé todos sus movimientos. Un momento después, fijó su mirada con expresión igualmente benévola, pero menos viva, en el caballero; y luego buscó los ojos de su amigo y se miraron ambos un momento, diciéndose sin hablar:—¡Cuán bellos y afortunados son! ¿verdad? Pero, mirándoles, más me acerco á ti todavía, porque pienso que ellos tienen otras dichas y que yo te tengo solamente á ti, y que nosotros fuimos creados el uno para el otro.

Cuando el joven se levantó para bajar en la plaza Castello y la alargó la mano, su rostro se cubrió de un ligero rubor, quizás porque pensaba que los presentes hacían una comparación entre ellos y los otros; y su rubor se reflejó por un momento en el rostro de él. ¡Pudor de la fealdad y de la pobreza, más hermoso que el de la inocencia!

En la plaza, entre la gente que esperaba la salida del tranvía de la Carrera, me llamó la atención un hombrecillo, sin pelo de barba, que tenía la facha de un cómico de la legua y observaba con atención grande y ojos sonrientes los dos caballos del tiro. También les observé yo á mi vez.



Se acariciaban como dos hermanos cariñosos: uno metía el hocico en la crin del otro, restregándolo suavemente, acercaban las cabezas tocándose las sienas, se apretaban, la boca del uno se deslizaba hasta la oreja del compañero, moviendo los ojos y medio cerrándolos como si se hablaran, como si uno á otro se consolaran de la dura vida presente con la predicción de las horas que habían de pasar, andando el tiempo, dormitando, enganchados á los simones que esperan la salida de la gente del teatro y de las estaciones, á la vista de los cocheros soñolientos. De repente el hombre lampiño me dirigió la palabra como á un antiguo conocido:

—¡Cómo se acarician los pobres «Effendi» y «Cáliz!» tienen cuatro y cinco años; son aún jóvenes, pero desiguales: uno fuerte y otro débil; ¡maldito lo que aprovechan uno á otro!

—Un «tranviófilo»—pensé. No me fué preciso más para reconocerlo. Un momento después añadió:

—¡Es una gran línea ésta!

Era un aficionado á la «Sociedad Turinesa».

Cuando arrancó el tranvía, continuó su charla, diciéndome cuál era la cifra de recaudación diaria y extraordinaria de la línea de Niza, «la reina de las líneas», con aquel acento de complacencia y énfasis con que muchos pobres diablos citan la cantidad de riquezas de un millonario, pareciendo que hacen sonar en su mente los saquitos de moneda, y como si por un momento se hicieran ilusiones de propia posesión.

El trayecto de la plaza Castello, hasta el punto de parada, fué amenísimo. Cerca de la plazuela de Lagrange, mientras corría el tranvía, una señora joven y elegantemente vestida, que estaba esperando en la acera, tomó carrera, dió un salto y, quedando de pie sobre el estribo, sin aga-

rrarse á la barra de la plataforma, quedó un momento en aquella posición, como un acróbata que espera un aplauso. Luego abrió la portezuela y entró, causando la admiración de todos. Mi vecino no mostró, sin embargo, emoción alguna.

—Es una maestra de ciclismo para señoras—dijo, ó por mejor decir, murmuró.—Hace dos años obtuvo un premio.

Y como yo le dijera que era la primera vez que veía subir una señora al tranvía de modo tan insólito:

—Lo creo—replicó.—En Turín no hay más que cuatro.

La seguridad con que dijo esto, como hubiera afirmado:—No hay más que cuatro estatuas ecuestres;—me llamó la atención. Mi interlocutor las enumeró, contando con los dedos:

—La que acaba de subir, una; otra que monta en la línea de Crocetta, ex-amazona del Circo, que se casó, dos; una muchacha de servicio, medio loca, que viaja en la línea del Valentino, tres; y una florista, que sube cerca de Porta Palazzo, cuatro.

Era un hombre admirable que no tenía precio para mí. El continuó dándome detalles, diciendo que la más admirable de todas era la florista, pues aun cuando joven, era una mole de carne que á lo menos pesaba un centenar de kilogramos. Subía diariamente, á igual hora, al tranvía del Puente Isabel, en una esquina de la calle de Milán. Había algunos aficionados que esperaban el espectáculo, y cuando en el coche había jóvenes de buen humor, gritaban á una: «¡Hala! ¡Hala!» en el acto de tomar carrera, y luego: «¡Bravo! ¡Bien!» aplaudiendo, y ella, que era un tanto burlona, les daba las gracias antes de sen-



tarse con el ademán de las bailarinas en las tablas.

—¡Ah!—dijo terminando;—el tranvía es una gran cosa para el que no tiene ocupación fija.

Mientras el hombre lampiño contaba estos detalles, se habían sentado en el interior, uno enfrente de otro, un anciano fraile capuchino, pequeño y amojamado como una momia, y un subteniente de cazadores alpinos, muy joven, los cuales se examinaban mutuamente con gran atención, como dos seres extraños uno á otro, que por primera vez tuvieran ocasión de contemplarse despacio, y ellos y una hermosa aldeana del Viú, que se había sentado en el fondo, con su gran cofia blanca y su corpiño rojo, formaban con los demás pasajeros un contraste tan evidente y entre sí eran tan diferentes de aspecto y de traje, que los ojos de los pasajeros se fijaban sucesivamente en cada uno de ellos, como si fueran tres personajes teatrales que representaran en aquel momento una situación extraordinaria.

Contemplando estaba aquella escena muda, cuando paró el tranvía, bajó el hombre lampiño y subió y se sentó, con un niño sobre las rodillas, una mujer del pueblo, de robustas formas y aire despejado.

El conductor cortó dos billetes, y ella entregó diez céntimos únicamente.

—También debe pagar el niño—dijo el empleado con marcado acento modenés.

—¿Un niño de esta edad?—preguntó bruscamente la mujer.

—Precisamente porque es de esa edad. El reglamento no excluye sino á los niños de teta. ¿Está aún en la lactancia el suyo?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que si toma leche,

—Sí, señor; todas las mañanas en cuanto lo levanto.

—No, no es eso. Si le dá usted de mamar.

Y añadió, señalando los pechos:

—Si toma leche de usted.

—¡Bah!—exclamó la mujer al ver el gesto.—¡Haga usted el favor de guardar las formas!

Todo el mundo soltó la carcajada, ella miró á los pasajeros con ojos furibundos, y después rió ella también, confesando con mucha gracia que había fingido ofenderse para embrollar el asunto, con la cual declaración volvieron á repetirse las risas.

El buen humor era general. En la esquina de la calle Baretti subió una señora de unos cincuenta años, fresca y rechoncha, con un sombrero estrafalario y una maceta de flores en la mano. Entró en el momento en que el tranvía arrancaba de nuevo, perdió el equilibrio y cayó sentada sobre las rodillas del oficial, lanzando un chillido. Fué una escena instantánea; pero el espectáculo de aquella mujerona alta y recia, asustada, con la cara roja de vergüenza, con aquella cesta en la cabeza y aquella maceta en la mano, sentada como una niña sobre las rodillas del oficialillo, conmovido por el choque, fué tan cómico, que todo el mundo se echó á reir, incluso el oficial y la misma señora, que enmendó su posición sentándose en el banco y tapándose la cara con la mano.

Pero aun no habían terminado los incidentes. Llegado el coche á la plaza San Silverio, hizo parar una señora pequeñita y rubia, que traía dos niños de la mano. Paró el coche, y ella, adelantándose, entregó uno de los niños al conductor, el cual le hizo entrar: era un hermoso niño de un par de años, sonriente y gracioso, que los pasajeros acogieron con caricias. En seguida pe-



netró el otro, parecidísimo al primero, vestido también del mismo modo. Parecía que la subida hubiese terminado; pero era que no se veían los niños que estaban detrás de la señora. El conductor izó otro, una copia de los dos primeros. Entonces la gente empezó á reir y á alegrarse:

—¡Tres!—dijo uno.

—¡Esto es un colegio!—replicó otro.

—¡Vamos á tardar una hora!—exclamó un tercero.

Subió otro niño y redoblaron las exclamaciones. Apareció, por fin, una niña de unos ocho años, y después subió la madre, un retrato ampliado de sus hijos, fresca y sonrosada como ellos, y á su aparición cesaron las risas; pero cuando se vió que había un sexto, próximo á ver la luz, los pasajeros se miraron alegremente, demostrando una simpatía respetuosa; y la alegría de la gente que acariciaba á los niños, aquellas cinco caritas que sonreían alegres, sin saber por qué, movidas de las sonrisas que veían en las otras caras, y el regocijo cariñoso de aquella madre, esbelta y fresca como una muchacha, feliz de su fecundidad triunfante, fueron, por unos momentos, un espectáculo delicioso.

El último lo gocé yo solo. Estaban en la plataforma dos hombres de unos cuarenta años, hablando uno en piamontés y otro en lombardo. Este no hacía más que exclamar de cuando en cuando:—¡Ah! ¡chel oder! ¡Ah, che baloss!, en tanto que el otro contaba con un tono lastimero la historia de un prójimo que, siendo socio suyo en un negocio, trató de suplantarle, luego se valió de la razón social para cobrar créditos comunes, y rota la asociación, además de negar con gran descaro sus bribonadas, pretendió una indemnización, amenazándole con un pleito. Y terminó así:

—Eso tuvo la desvergüenza de hacerme. Haga usted el favor de decirme cómo han de calificarse tales acciones.

A esta pregunta, el lombardo se quitó la pipa de la boca, y con el acento más natural del mundo, sin la más mínima intención aparente de decir una gracia, como quien se sirve de una palabra que ya ha entrado en el lenguaje vulgar, respondió tranquilamente, dirigiéndome una mirada distraída:

—*Hin azion de comendator* (1).

A unos cien pasos de la barrera, y mientras galopaban los caballos, la maestra de ciclismo saltó á la plataforma, se puso en pie sobre el estribo, con la cabeza erguida y el velo al viento, y bajó sin una sacudida, como si dos brazos invisibles la hubiesen dejado suavemente en tierra. Entre los viajeros, que sacaron la cabeza por las ventanillas para verla bajar, vi la del viejo fraile, alelado, que parecía decir:—¡Qué raza de mujeres hay ahora!

Y así terminó el afortunado viaje, uno de los pocos, á través del mundo, en los cuales nuestros semejantes se nos presentan por su lado mejor y más noble, dándonos casi una pasajera ilusión de que la vida es una comedia regocijada, en la cual no se divierte sino quien no la comprende, ó quien es

*¡desdichado y de placeres  
incapaz ó inexperto.*

(1) Una acción de comendador.



\*  
\*  
\*

Pero, ¡ay! ¡Qué bruscos reveses sufrimos de la fortuna, hasta en el tranvía! Entre mis notas, veo una, fechada el nueve, domingo; que me indica este día como nefasto. Hacía un tiempo frío, lluvioso, gris, como si lloviese ceniza. Después del almuerzo, y apenas subido al tranvía de la carrera Vinzaglio, junto al buen Giors, á quien la lluvia parecía dar buen humor, me ocurrió un pequeño accidente de mal agüero, que debía servir de escarmiento á los fumadores descuidados. Puse entre los labios el regalo que me había hecho un periodista español, de paso por Turín, uno de aquellos cigarros de príncipe elaborados en Cuba, de buena vitola y rica hoja, que á nosotros, pobres italianos, nos producen el efecto que el pan blanco al que lo comé de maíz. A la primera bocanada de humo, volvióse Giors, exclamando:

—¡Valiente cigarro!

Y se puso á aspirar el humo, metiendo el rostro en la nube, riendo satisfecho y arqueando la espalda como si fumara él también. Pero como no conservaba el cigarro con la mano, para no parecer que lo cuidaba con exceso, á una brusca sacudida del coche al dar la vuelta hacia la calle Ceruaia, se me escapó de entre los dientes sin darme tiempo á atraparlo, yendo á parar en medio del barro.

—¡*Malheur!*—exclamó Giors, con el mismo acento de lástima que si lo hubiese estado fumando él, pero mirando mi cara, que en aquel momento debía tener la expresión del cuervo de la fá-

bula, á quien se le escapa el queso del pico, soltó una carcajada.

Sin embargo, al ver que me reía yo de mala gana, añadió seriamente:

—Para fumar cigarros de esa especie... es mejor tomar un simón.

Y haciéndole gracia su propia salida, se rió de nuevo.

—Mal principio—pensé.—En esta línea me ha de ocurrir alguna desgracia.

Pronto me acaeció. En la esquina de la carrera Víctor, subió un exprofesor de colegio, antiguo conocido mío, melencólico y barbudo, una de aquellas caras de viejo literato que parecen haber nacido con anteojos, y se me plantó delante, en la plataforma. Le miré con pavor. Era un recitador despiadado de sus propios versos, que asesinaba á sus amigos á golpes de consonante. Esta raza cruel es particularmente temible en el tranvía, donde es imposible escapar al tormento y es preciso sufrir los golpes á quema ropa, en pleno rostro, con la nariz de ave de rapiña á dos dedos de la vuestra. Para mayor desgracia, de tal manera estaba llena la plataforma, que no podía moverse, y estaba á su merced atado de pies y manos. Previa una rápida y sumaria explicación de su último «parto», me apuntó al pecho su índice largo y nudoso, y empezó á recitar los versos, en voz baja primero, después, entusiasmándose, fuerte:—*¡ El hombre!*—No era más que un soneto, pero desarrollado en una forma interrogativa, que parecía escogido á propósito para poner al oyente en berlina. Empezaba:—*¡ Quién eres, hombre?*—y á cada par de versos repetía esta pregunta, á la cual el poeta, pesimista furibundo, daba una serie de respuestas vigorosas, altamente ofensivas para el rey de la creación. —*¡ Quién eres, hombre?*—Los pasajeros que esta-



ban un poco apartados y que no podían comprender que me recitaba una poesía, viendo los gestos y no pillando sino una que otra palabra, creyeron que me apostrofaba insolentemente, y se volvieron á mirarnos. Y el melenudo, apuntándome el dedo á la cara:—*¡ Impío y embustero hasta contigo!*—La atención de los pasajeros se hizo más viva.—*¡ Quién eres?*—Los más cercanos sonreían, pero los otros ponían una cara asombrada é inquieta, previendo que iba yo á alzar la mano.—*¡ Quién eres?*—Y empezó á llamarme *insecto* y *hiena*, un torrente de sangrientas injurias, sin que el rubor de mis mejillas y los gestos de condenado que se pintaban en mi cara le dieran el más leve indicio del estado de mi ánimo. El último verso del primer terceto terminaba en *il*, y presentí la estocada final, un *vil* solemne, y traté de pararla, cubriendo su voz con un ataque de tos repentina; pero no me valió la treta, porque el verdugo repitió el verso. Estábamos en aquel punto, delante de la estación. Yo debía proseguir el viaje; pero avergonzado de quedarme allí después de haber sufrido en silencio tantos improperios, y también para desengañar á los pasajeros, demostrándoles que éramos amigos, bajé con él á la plaza, donde me espetó otro soneto...

Media hora después volví al mismo punto para tomar la línea de Viale; subí á la plataforma, atestada, y di de bruces... ¡Maldita jornada! He ahí otro caso desdichado que sólo puede ocurrir en los tranvías: hallarse frente á frente, en material contacto, obligado á mirar y á sentir el hálito de un antiguo amigo, con quien habéis roto toda relación de amistad desde quince años antes, y que desde aquella fecha no os ha mirado á la cara. Si se trata de un enemigo verdadero, que os odia, y á quien odiáis, la cosa tiene arreglo: le volvéis bruscamente la espalda, ú os la

vuelve él. Pero si la ruptura no tuvo por causa sino una discusión juvenil harto acalorada, de la cual los dos tuviérais una parte de culpa, y de la cual os arrepintierais y supieseis que también él se ha arrepentido, pero que el orgullo le ha impedido, como á vosotros, volver á las antiguas relaciones, entonces el encuentro es muy penoso. Por fortuna, dos pasajeros bajaron, y habiendo quedado más espacio, logró mi ex-amigo volverse poco á poco y darme la espalda, sin que pudiera aquel acto tomarse por una muestra ofensiva de desprecio. Pero fué casi peor el remedio que la enfermedad; porque no teniendo su cara delante, quedó libre el pensamiento, que tomó el camino melancólico de los recuerdos. Mi antiguo amigo estaba allí, á un palmo de distancia, y por una ligera contracción de sus mejillas, pensé que á su vez debía de estar conmovido. Reparé que tenía ya gris el pelo; que el tiempo—que no cuida de amistades ni de odios,—había ejecutado en él su obra. Recordé, asimismo, las felices veladas que pasara en su compañía, las discusiones que sosteníamos, las confidencias que cambiábamos, los paseos que dábamos por el campo. Recordé, por último, la sonrisa con que acogía el mote de *Merramente*, que le habíamos puesto, porque á cada punto, y sin darse quizá cabal cuenta de ello, repetía esa muletilla; y por último, pensé también que en el fondo, era un buen amigo, algo vivo, algo afectado, pero noble y cariñoso. Luego volvió á mi memoria la trágica muerte de su madre, acaecida al caer de un coche y que le produjo impresión tan honda, que durante muchos meses vagó pálido y abatido por la ciudad. Imaginé que debía aprovechar aquella ocasión para tocarle ligeramente en el hombro, y cuando volviera el rostro, saludarle afectuosamente, seguro de que él, por su parte, deseaba una re-



conciliación tanto como yo mismo. Las sugestiones del orgullo, del torpe orgullo, me impidieron seguir mi noble impulso, y traje á la memoria, para no ceder á la noble tentación, las palabras ofensivas que había soltado el día de la discusión que puso término á nuestra amistad, y las que por mi parte pronunciara, y me mantuve silencioso y rígido hasta que, sin mirarme, bajó en la calle de San Máximo, por la que siguió, recibiendo la lluvia. Viendo cómo se alejaba, tuve la conciencia de haberme portado mal y de merecer la terminación del soneto *¿Quién eres, hombre?* ¡Pobre mundo! pensé, y añadí mentalmente:—¿Qué nueva calamidad me reserva «el coche de todos?»

Con efecto, no había terminado mi calvario, que se reanudó en la misma línea, cuando la tomé en la carrera de San Mauricio, después de haber inspeccionado los preparativos que para el Carnaval se hacían en la plaza de Víctor Manuel. Fué mi verdugo—si bien de índole cómica,—un adepto de Baco, que subió al tranvía y se me colocó delante. Era un obrero de unos cincuenta años, con el sombrero echado atrás, que descubría la frente, sobre la que caía un mechón de pelo gris, y que, según las trazas, había recibido la lluvia durante todo el día, pues estaba calado de pies á cabeza. Mascaba un horrible coracero de Virginia, y en su cara se veía claramente que tenía ganas de charlar largo y tendido. Apenas subió, me miró fijamente con unos ojos muy relucientes y en un lenguaje especial, y sin que mediara provocación alguna por mi parte, me espetó:

—¿Qué tiempo!

Así empezó para explicarme que había dado un paseo por las afueras (se veía claramente), con un amigo á quien encontró casualmente, un an-

tiguo compañero de armas de 1866, que se batió á su lado en Rocca d'Anfo, *al mando de Garibaldi*. Confesó que había bebido *un trago de más* y que estaba un tanto alegre; pero que eso no le impediría acudir al trabajo. Era un herrero. Luego dijo, exabrupto:

—Veremos, veremos las próximas elecciones. ¿Qué piensa usted de ellas?

Y sin esperar mi contestación, me miró de frente, con la cabeza un tanto inclinada, para mejor hacerse cargo de mis intenciones, sonriendo maliciosamente y traduciendo así el resultado de sus observaciones:

—Me parece que usted debe de ser de la oposición.

No pareciéndome oportuno hacerle declaraciones políticas, me contenté con sonreír, y él, entonces, exclamó con acento de triunfo:

—¡Vaya! ¡Que me digan luego que no sé conocer las gentes por la cara! Estoy seguro que ha dado su voto á Zavattari. ¿Qué le parece de Zavattari?

Mi respuesta le agradó.

—¿Y qué me dice de Cavallotti? ¿Y de *nuestro* Imbriani?

Advertí que mis respuestas, demasiado lacónicas, no le satisfacían. Otras preguntas me hizo, á las cuales no contesté sino con movimientos de cabeza. Entonces se encogió de hombros, exclamando:

—¡Ya, ya entiendo; teme usted espontanearse!

Sonrió compasivamente, y luego, como si de repente el vino hubiese subido con mayor fuerza á su cerebro, me miró con ojos torvos y me dijo, con un movimiento brusco que le hizo dar un traspiés:

—¿Cree acaso que soy un confidente de la policía?



¡Diablo! Vi que era preciso contestarle de un modo categórico.

—¡Qué cosas tiene usted! Un hombre que se ha batido al lado de Garibaldi, no puede hacer semejante villanía!

—¡Ah!—exclamó serenándose;—esa es una buena idea.

Y trató de repetir mi frase para mejor saborearla.

—¡Sí, sí, eso es! ¡Me ha dado usted una respuesta que me honra!

Y añadió con una sonrisa sarcástica:

—¿Qué piensa usted de Francisco Crispi?

Sin esperar mi contestación, volvióse bruscamente hacia la calle, echando un salivazo y mostrando el puño al horizonte, como si el fantasma de su enemigo apareciese en la colina del Superga. Luego, con una obstinación de mulo:

—¿Qué piensa usted de *nuestro* Zavattari?—me preguntó.

Y así continuó durante todo el trayecto, testarudo é implacable. Subieron otros pasajeros y tuve la esperanza de que se dirigiría á ellos; pero no. Persistió en hablarme á mí, asaetándome á preguntas, quejándose unas veces de mi laconismo, aprobando otras mis medias respuestas, alabándome por las que á sí mismo se daba como si fuesen mías. Al cabo se incomodó.

—¡Es inútil, es inútil!—dijo, bajando la cabeza, —Ya veo que no quiere usted despotricar.

Y volviéndose á mirarme una vez más antes de bajar, soltó una gran carcajada, y exclamó:

—¡Qué politicastro!

Bajó y respiré. Pero había andado apenas cuatro pasos y estaba aún parado el tranvía, cuando miró atrás. Temí que subiera de nuevo; por fortuna no fué así. Se contentó con mirarme pi-

carescamente y exclamó extendiendo el brazo y tambaleándose:

—¡Debe ser usted de la oposición!

Dicho esto, se marchó. Me veía libre; pero la jaqueca había durado por espacio de dos mil cuatrocientos metros.

Así terminó para mí la nefasta jornada del 9, de la cual, ya en casa, tomé nota detallada maldiciendo de los versos tranviarios, de las amistades rotas y de la política, casi fastidiado ya del asunto de mi libro...

Me reconciliaron con mi idea las «jardineras», que hicieron su acostumbrada aparición en los últimos días de Carnaval. Aquellos grandes carruajes, ligeros y abiertos por ambos lados, en los cuales los pasajeros se sientan unos detrás de otros mirando todos en una misma dirección, lo cual permite verlos á todos estando de pie en la delantera, desde donde se perciben veintiocho caras en filas sucesivas como en un minúsculo teatro, son mucho más favorables para el observador que los coches cerrados. Se puede apreciar más fácilmente las maniobras de los eróticos que no pudiendo aprovecharse de la confusión de las plataformas, se ven obligados á proceder más descaradamente. Los más atrevidos, jóvenes casi todos, adoptan una posición elegante en la plataforma delantera, dando la espalda á los caballos, y examinan al bello sexo como lo hacen durante los entreactos en las salas de los teatros. Los más tímidos, que son por otra parte los espectadores más concienzudos y los que gozan más intensamente, se quedan en la otra plataforma desde la cual no pueden ver las caras; pero esto les permite gozar de muchos otros aspectos de la belleza femenina, como compensación de la privación que sufren. Desde allí pueden, efectivamente, acariciar con la mirada los



blancos cuellos, los ricitos de pelo que á impulsos del aire se mueven en las nuca, los espacios blancos y rosados que quedan detrás de la oreja, los nudos de las lujuriosas cabelleras, las largas trenzas que caen sobre las espaldas juveniles: pueden también observar tranquilamente las actitudes graciosas, firmes y lánguidas, afectadas ó naturales con que las señoras se sientan y se levantan, medir con los ojos las breves cinturas y los mórbidos brazos, gozando además, sin que nadie pueda observarles, del espectáculo que les ofrecen las viajeras de la última banqueta, cayendo casi á plomo sus miradas sobre la línea ondulada que va del cuello á la cintura y sobre la curva firme que va de la cintura á las rodillas. Es punto menos que imposible subir de improviso á una de esas jardineras sin encontrar uno ó varios de esos aficionados, cuyo pensamiento se trasluce de un modo claro é indudable en el brillo de sus ojos.

Conocí un hermoso ejemplar de esa familia el domingo de Carnaval al medio día, en la línea de Viali. Estaba de pie junto á mí en la plataforma posterior de una jardinera. Era un señor mayor, gordo y sonrosado, sin pelo de barba, con una abundante cabellera gris que se le escapaba en rizos de bajo las alas de una chistera. Iba con un traje negro, y lucía un cuello alto y blanquísimo. Le habría tomado por un pastor protestante si de repente, al sacarse el pañuelo, no hubiese esparcido un fuerte olor á esencia de rosas. Sus ojos celestes recorrían sin cesar aquel conjunto de sombreros que presentaban el aspecto de una floresta, seguían por un momento á cada señora que bajaba, inquirían, exscrutaban á cada una que subía, no perdiendo uno solo de los movimientos que hacían al sentarse, al volverse, al abrocharse el abrigo, al recoger la fal-

da, al hacer sitio á otra: parecía tomar mentalmente apuntes de todo aquello. Pero no había sombra de sensualidad en su mirada. Era algo así como la expresión de una complacencia artística, una ligerísima sonrisa de deleite.

En un momento dado, vi que sus ojos se dilataban, fijándose á mi izquierda sobre el respaldo movable del último banco; miré: observaba á una muchacha que con uno de los brazos en jarras se despedía de un joven que había estado con ella y que saltó del tranvía; parecióme que, en vista de aquella escena, se alegrase con la alegría que siente un padre al contemplar cómo su hija galantea con su novio; parecióme que era uno de esos viejos afortunados, sanos de temperamento y de espíritu, que sienten todavía la obsesión del bello sexo, sin que le turben los sentidos, y que admiran á una mujer hermosa como se admira un alba serena, una bella aurora, y que ante el espectáculo de la belleza y gracias femeniles, del amor y de la embriaguez de la juventud, se resignan con su papel de espectadores, sintiendo un placer tranquilo, exento de envidia y de emulación. Seguí otra vez su mirada, que se fijó con expresión de encanto en la extremidad de uno de los bancos del centro, y reconocí el perfil purísimo de la «virgen muerta», la cual de repente se destacó en mi fantasía sobre el paño negro, entre cuatro cirios, con los ojos cerrados, la cabeza envuelta en un velo blanco y coronada de flores.

También en esta ocasión iba sola, vestida con la sencillez de siempre y con una rosa blanca en el sombrero, blanco también, como su rostro inmutable, sereno, de criatura sobrehumana que no pudiera cantar, ni reír, ni llorar, insensible á toda pasión terrena. Mi curiosidad fué más viva esta vez que cuando la vi otro día en el carruaje.



¿Quién podía ser? Algunos de los vecinos del coche se volvían de cuando en cuando á mirarla; parecía que no lo advirtiera. Pero de su impasibilidad maravillosa me dió todavía una prueba mayor. En un momento en que se había parado el tranvía, pasó con lentitud un ciclista que venía en dirección opuesta, y era un teniente de cazadores, quien la miró y siguió adelante. Pero apenas el tranvía volvió á marchar, el teniente dió á su vez media vuelta y acompañó el carruaje, como si fuera el ayudante de campo de un coche real, con la cara vuelta hacia la muchacha. Algunos pasajeros advirtieron la maniobra y se pusieron á mirarles. Sonrió el oficial un poco confuso, pero no se apartó; en cuanto á ella, no dió la menor señal de complacencia ni de despecho; miró la bicicleta como si en ella fuese montado un niño de seis años: observaba el rodar de la máquina y el alternado movimiento de los dos pedales, con su mirada tranquila y límpida, como si estudiase su mecanismo. El oficial continuó durante un rato mirándola; después aceleró la marcha, siguió adelante y desapareció. Entonces ella volvió hacia los pasajeros la mirada de sus grandes ojos de ángel candoroso, en los cuales no había indicio de ningún pensamiento, como si no hubiese visto nada ni nadie la hubiese mirado. ¿Era verdaderamente un milagro de inocencia y de austeridad, ó un prodigio de disimulo? Esta sospecha me hizo reflexionar, y noté que sobre los demás pasajeros debía de haber producido un efecto semejante, cuando al bajar en la esquina de la calle Gioberti, todas las cabezas de los pasajeros se volvieron, como si hubieran recibido una fuerte ráfaga de viento, para mirar por última vez á aquella esbelta figura de muchacha delgada y como crecida de repente, con un cuerpo casi deforme en fuerza de

no tener líneas ni contornos, y que en cambio parecía por el rostro, por los ojos y por la frente, la imagen acabada de la belleza, tal como pueden concebirla los hombres. ¿Quién podría ser? Habría procurado saberlo y lo hubiera conseguido bajando del tranvía, siguiéndola y preguntando al portero de la casa donde entrara, si mi curiosidad no hubiese sido excitada por el rostro de un niño que estaba de pie, sobre el primer banco, entre una señora y una institutriz, y que me parecía haber visto otra vez.

Creía que era aquel á quien su madre había hecho abrazar á la niña rubia en el coche de Giors, durante el último día del mes de Enero. Reconocí en seguida á la madre por su gran sombrero á la chamberga y su perfil atrevido, cuando se volvió á la izquierda para hablar con una persona que yo no veía. En cuanto el tranvía paró un poco, me acerqué á ella con curiosidad por ver de cerca á aquella señora original en quien había pensado muchas veces, recordando las oleadas de roja sangre que subían á su rostro y el aire de intrépida hermana de la caridad que la daban sus ojos grandes negros. Hablaba con una muchachita del pueblo, que tendría unos trece ó catorce años, cubierta la cabeza, delgadísima y convaleciente; tosía á menudo. Encantóme la voz robusta, sonora y como un poco velada de aquella mujer; pero encantóme más el cariño con que hablaba á aquella pobrecita muchacha, á la cual parecía hacer recomendaciones y dar consejos, que el ruido del carruaje no me dejaban oír. El acento, la expresión del rostro, los modales corteses, la solicitud con que hablaba á aquella niña, respondían perfectamente á la idea que siempre me había formado yo de los modales



que deben usar los poderosos con los humildes. En aquella benevolencia no había ni la sombra de un esfuerzo, sino que, delicada y pura, parecía la manifestación de la piedad que sentimos los hombres de naturaleza distinta, por los dolores y penas de nuestros semejantes, en los cuales la familiaridad no ofende nunca, sino que agrada y encanta, porque parece un sentimiento espontáneo del espíritu, nacido antes para dar consuelos que para adquirir superioridad.

Iba el tranvía por la mitad de la carrera Cai-rolí, cuando un pedazo de hombre barbudo, con facha de encogido campesino, que daba la espalda á la señora, encendió un cigarro y se puso á echar humo como una locomotora.

El aire que iba de delante á atrás, llevó una nube al rostro de la muchacha, que empezó á toser fuerte, volviendo la cabeza y tapándose la boca con la mano.

La señora quedóse un momento indecisa, después adelantó valientemente la cabeza y rogó al fumador que dejase de fumar, á la vez que señalaba á la muchacha, que seguía tosiendo. Aquel volvió su rostro colorado de mala gana, y después de echar una mirada á la señora y a su protegida, continuó fumando.

Entonces á la señora se le hinchó el cuello como á las cantantes que van á dar una nota poderosa, y encendiéndosele el rostro, exclamó:

—Caballero, tengo la bondad de no fumar... por humanidad, no por cortesía.

El hombre, como si no oyera, se encogió de hombros y lanzó una nueva bocanada de humo.

—Ponte en mi sitio—dijo resueltamente la señora á la muchacha.

Y con voz más fuerte, añadió:

—¡Qué mal educado!

El hombre se volvió, y dijo con violencia:

—Mire cómo habla.

—Hablo como debo.

El hombre se levantó.

—No se levante; aunque soy mujer, no tengo miedo.

Y de pie ante el hombrachón, en tanto que el cobrador y otros pasajeros se interponían, con el rostro impertérrito y los ojos serenos, atrayendo hacia sí con una mano á su hijo, que lloraba, y poniendo la otra sobre el hombro de la muchacha asustada, la pequeña y valiente señora estaba tan hermosa, que daban ganas de besarla en la frente.

Oyóse un coro de voces hostiles al hombre; éste volvió á sentarse, y sin quitarse el cigarro de la boca, no fumó más; algunos minutos después, al llegar el tranvía cerca de la calle Bonafous, la señora bajó con la muchacha y la institutriz, después de haber saludado á su protegida, y se perdió ante la multitud inmensa que se agolpaba alrededor de los barracones de la plaza de Víctor Manuel, donde se levantaba un concierto infernal de gritos y de músicas discordantes.

\*  
\* \*

Durante tres días, las jardineras estuvieron infestadas por un ejército de «pierrots» y de «bebés», vestidos casi todos del mismo color, como si fuera aquello una mascarada organizada por la Prefectura, y repitiendo todos, desde la mañana á la noche, el eterno «te conozco», con el mismo acento de falsete, agudo y molesto como el aliento avinado y el olor que exhalaban de su persona, no muy limpia, y de su piel sudo-



rosa. En el pequeño teatro que para mí representaba el carruaje del tranvía, observé aquella mascarada, y de mala gana, puesto que tanto ruido y agitación me molestaban, después de almorzar, el martes de Carnaval recorrí el trayecto que media entre la plaza del Estatuto y la Gran Madre de Dios. Habían llegado del Africa las malas noticias de los combates de Seeta y de Alequá. Junto á mí, y entre los pasajeros, se comentaban los hechos, y por las lastimosas palabras que se cambiaban y por el mal efecto que producían las noticias, todo era tristeza, que contrastaba con la alegría de las gentes que transitaban en los carruajes, siguiendo las tradiciones del Carnaval. En tanto que se hablaba de los heridos y de la muerte del teniente Negretti de Caputo, de los oficiales quemados vivos y de los pronósticos que se hacían acerca de las futuras catástrofes que podían acaecer en Abisinia, oíase por todos lados el rumor de las trompetas y bocinas de los carruajes, el cantar de las máscaras que pasaban, los gritos y las risas de los que iban en el tranvía, y entre aquella algarabía parecióme ser más terrible la suerte de aquellas pobres víctimas lejanas de la maldita guerra. ¡Cuán poco se sienten los infortunios nacionales cuando caen en los días destinados por el calendario al gozo y al placer!

En un momento dado, se sentó junto á mí un hombre de edad madura, que no llevaba otro disfraz que una gran nariz postiza, y luciendo aquel pico de cigüeña como si lo llevase por obligación, leía tranquilamente la «Gaceta del Pueblo». Iba también á mi lado un obrero medio adormecido que, ennegrecida la cara con corcho quemado para divertirse y divertir al público, hablaba á media voz con acento lastimero de algunos disgustos de familia á un amigo suyo que estaba más dormido que él. En mitad de la calle del

Po, una graciosa mascarita verde, saltando al coche, me dió un golpe en el sombrero y me dijo al oído:

—¡Abajo el socialismo!

Pero no me ofendió, pues por sus ojos y modo de accionar, no me pareció aquella mujer muy fiera enemiga de la propiedad colectiva. A los pocos momentos ocupó su puesto una señora anciana, con el pelo blanquísimo, de aspecto bondadoso y digno, que conservaba todavía las huellas de una gran belleza; iba delante de ella, en el otro banco, un jovencito disfrazado de polichinela, con los ojos medio cerrados por el exceso de libaciones y apretando con la mano un saco de *confetti*. Entonces vi un ejemplo de cómo á un ánimo vulgar se impone con más fuerza la dignidad que el desdén. Admirado de aquella hermosa mata de pelo blanco, el joven se volvió hacia la señora; sonrió con familiaridad imperpetinente y con manifiesta intención de decirle alguna brutalidad poco oculta. Empezó con la fórmula usual:

—Te conozco... te he conocido cuando eras joven.

Una respuesta seca hubiese provocado probablemente una insolencia. La señora contestó, por el contrario, dulcemente y moviendo la cabeza:

—Te equivocas, hijo mío; cuando yo era joven, tú no habías nacido todavía.

La bondad, la gracia sonriente, el acento de benevolencia casi maternal con que pronunció aquellas palabras, tan diversas de las que él esperaba, dejaron al joven como aturdido; sonrió, moviendo un poco la cabeza, quiso contestar y no se atrevió á ello, y por último, antes de bajar del carruaje, metió la mano en el saquito de *confetti* y dió á la señora un par de caramelos, que aceptó.

El tranvía, como una barca que baja desde un



río á un lago, penetró dentro de la enorme multitud que se apiñaba en la plaza de Víctor Manuel; y entre aquella muchedumbre que gritaba y corría de un lado para otro, de barraca en barraca y de puesto en puesto, donde se vendían mil chucherías, chillando siempre, armando una algarabía infernal que no pudiera resistir el oído humano á no estar acostumbrado al ruido de las grandes ciudades, el único hombre que se manifestaba serio, que conservaba su impassibilidad, que no parecía embriagado por la alegría que movía á la muchedumbre, era el pobre cochero: un hombre de pelo rubio, que reteniendo con frecuencia los caballos, se esforzaba en gritar muy á menudo: «¡Eh!... ¡Eh!...», á fin de evitar todo choque, causar alguna desgracia y apartar á la gente, la cual contestaba algunas veces con injurias, ofendida por la superioridad de juicio que demostraba aquel pobre hombre. ¡Con qué ansia respiró el cochero cuando se encontró al final del puente del Po, fuera ya del peligro de atropellar á sus prójimos y de la necesidad de tener juicio por los que carecían de él. Sacó entonces un pañuelo azul, se enjugó el sudor que manaba de su frente, y cuando llegó á la *Gran Madre di Dio*, paró el carruaje, echó el freno y se sentó un momento sobre el estribo para comer de prisa y corriendo un mísero almuerzo que le habían traído de su casa. Yo estaba observándole, en tanto que esperaba que el tranvía volviese á marchar. Aquel hombre debía tener treinta y cinco años, y por las trazas, parecía un hombre del campo, porque llevaba dos aretes dorados en las orejas, y al oír su acento pensé que era uno de aquellos trabajadores que durante toda su vida no han conocido del campo ni de la naturaleza sino la labor eterna, y para los cuales la vida dura del cochero es una delicia, comparada con

la infernal que llevaban antes. Viendo que le observaba, y en tanto que iba comiendo, me contó la historia de su almuerzo, el cual se había retardado cuatro horas, porque aquella mañana, habiendo sido cambiado de improviso desde la línea de Viali á la del Martinetto, para suplir á un cochero, el cesto que le llevaba su mujer se le había extraviado, y pasando de tranvía en tranvía, había dado vueltas por toda la ciudad desde las diez de la mañana; á cada bocado que daba, volvía á mirar si llegaba el otro carruaje, pensando ya en la multitud que tenía que atravesar, silbando y gritando por la plaza de Víctor Manuel, por la calle del Po, por la de Garibaldi, hasta el extremo opuesto de Turín.

—¡Ah, el Carnaval!—exclamó.—¡Quién le habrá inventado!

E hizo ademán de lanzar el plato contra la cara de alguno.

Volví á marchar con él de nuevo, teniendo que atravesar la onda humana de la gran plaza, en medio de un diabólico concierto de voces. Luego de entrar en la calle del Po, el tranvía quedó parado; había allí una mezcolanza indecible de sombreros adornados de flores, de kepis, de sombreros de copa, de cabelleras al aire, de gorros griegos y de capuchones de máscara; una multitud abigarrada de gente que no hacía otra cosa sino reír y gritar, dando el alto á los tranvías que pasaban. De cuando en cuando las jardinerías se paraban y subían unos y bajaban otros, disputándose el sitio, cayendo en él y levantándose, cambiándose injurias y cumplidos, sin saber nadie á punto fijo lo que hacer.

En la plaza del Castillo se me puso enfrente, en la plataforma posterior, una máscara grandona ensacada en un dominó negro que le daba el aspecto de hermano de la Misericordia, y tanto



ésta como las otras dos máscaras embriagadas que le acompañaban, en cuanto estuvieron en la calle de Garibaldi, empezaron á atormentar á una pobre mujer que iba junto á ellos llamándola por broma, *mamá* y *abuela*.

— ¡Cómo te habrás divertido el martes, mamá!

— ¡Cuántos sacos de *confetti* habrás vaciado!

— ¡Yo la he visto en un *gabinete reservado*!

— ¡Yo la he visto comiendo en el «Pabellón Oriental!»

La mujer no contestó. Minutos después, los tres bufones saltaron del carruaje, y reconocí en la extremidad del último banco á la anciana del Pozzo di Strada, que debía de haber subido, como siempre en la esquina de la calle Veinte de Septiembre. Llevaba un pañuelo á la cabeza, el saco sobre las rodillas, y, como de costumbre, conservaba su continente humilde y recogido. No mostraba ningún resentimiento por las burlas que se la dirigían: como si no hubiese oído ninguna, miraba, como hacen los niños, las mascaradas que pasaban á pie y en bicicleta, á los que iban disfrazados de la manera más ridícula; á los *pierrrots* y á los *bebés*, y parecía, no obstante, que no viese nada, quizás á fuerza de verlo todo. Vió, sin embargo, la iglesia de los Santos Mártires, porque al pasar por delante de ella se persignó. Aquel pensamiento fijo que yo había creído leer en su rostro, parecía que se hubiese hecho más profundo y más inquieto; más á menudo que antes inclinaba la cabeza sobre el pecho y parecía recogerse como bajo el peso de un sueño angustioso; me parecía más pequeña, más triste, más marchita, como si desde la última vez que la había visto no hubiera dormido y hubiese padecido mayores miserias. ¿Qué clase de penas sufría aquella mujer? No pude imaginarme ninguna causa determinada de su dolor; pero notaba de un

modo confuso que aquella causa residía oculta en algún punto de mi imaginación, y que cuando la supiese me maravillaría de no haberla descubierto yo mismo. Hizo de nuevo la señal de la cruz al pasar por delante de la iglesia de San Dámaso. Cerró los ojos cuando atravesó la plaza del Estatuto, y luego, cerca del monumento de Frejus, cuando yo bajé hacia la derecha para ir á mi casa, bajó ella por la izquierda hacia la suya de la calle de Rívoli. La ví alejarse con su saco bajo el brazo á paso lento é igual, encorvada bajo el peso de su dolor misterioso, como bajo un yugo invisible, solitaria y triste en mitad de la plaza ya oscura; pequeña y digna de compasión como una hormiga extraviada. Y con aquel punto negro que se perdía en el horizonte silencioso de la campiña, desaparecía para mí todo el esplendor y bullicio del Carnaval.

\*  
\* \*

La volví á ver pocos días después en la misma línea que durante el primer viaje de la mañana, y procuré encontrar modo de interrogarla para descubrir su secreto; pero me distrajo de ello un nuevo espectáculo, una serie de observaciones nuevas acerca del singular aspecto que presenta á los ojos de un pasajero del tranvía la batalla electoral. Fermentaba ya la agitación de las elecciones municipales que debían decidir acerca de la influencia del partido católico ó del liberal. Las paredes estaban cubiertas de manifiestos de diversas formas y colores que subían hasta los techos, ó bajaban humildemente hasta la acera



como para morder las piernas de los caballeros ó para tocar los zapatos de los pobres.

En todo el trayecto se iba pasando por un visible coro de exhortaciones, promesas, acusaciones, ruegos y amenazas entre las cuales sonaban más alto, como nota aguda, centenares de nombres conocidos ó ignorados, democráticos, burgueses y plebeyos emergiendo del muro como si fueran gritados por voces de muchedumbre con mil diversas entonaciones alegres ó solemnes, imperiosas ó suplicantes, de las cuales parecía que el carruaje huiera silbando y tocando la campanilla como queriendo decir que no creía en nada de aquello y que tenía otros asuntos que le interesaban más. A cada parada, todas aquellas voces se dejaban sentir más fuertes y más claras, y luego se confundían en un murmullo sordo y lejano, en el cual no podía distinguirse ni el programa ni los nombres de ninguno de los candidatos. Dentro del tranvía surgían disputas acerca de un mismo asunto, de las cuales no llegaban á mi oído sino algunas palabras, como «charlatán, torpe, inepto, ya es tiempo de acabar... lo veremos», y otras por el estilo. Estas expresiones eran de los caballeros que, sin disputar, abrían, uno frente á otro, con ademán hostil, *L'Italia Reale* y la *Gazzetta del Popolo*, de otros que, sin alzar la voz, se entregaban á cálculos aritméticos acerca de los votos que podían alcanzar los candidatos, discusiones en las que sonaban de cuando en cuando las cifras de cinco, siete y diez mil, como si se tratara de discursos sobre la guerra, en la cual los soldados son únicamente números y no hombres. Dentro de otros tranvías que pasaban, veía yo vecinos conocidos que llevaban bajo el brazo una colección de impresos y que se daban el aire importante de gente dedicada á los negocios, que corren desde la maña-

na hasta la noche, estimulados por una pasión ó por una obligación importante, y que eran únicamente servidores voluntarios é inconscientes de una idea. Uno de los conductores del tranvía me dió ocasión de hacer el primer descubrimiento acerca de mis compañeros misteriosos de trayecto.

Era el tranvía del Martinetto; durante una mañana de niebla espesa, el caballero Bicchierino, aficionado á la lectura de la *Gazzetta*, la leía, como de costumbre, en pie y sin mirar siquiera al que estaba á su lado. Subió á la plataforma conocido mío muy antiguo, con un gran sombrero calabrés, una americana raída de terciopelo color cacao, que llevaba sobre los hombros desde hacía cinco ó seis años, y un gran paquete de periódicos bajo el brazo; era un tipo curiosísimo, tanto por su índole como por su apariencia: al verle con aquel aspecto tan serio, con su barba roja é irsuta, con su cabellera leonina, con su cuello de toro, parecía á primera vista un hombre terrible, y cuando reía, el más bonachón de los mortales, aunque tuviese una voz que podía parecer el estampido de un cañón Krupp. Era un filósofo que expresaba todos sus pensamientos en forma sentenciosa y que anotaba algunos de ellos en una cartera que á cada momento sacaba del bolsillo, tratando siempre preferentemente de los que se referían á la moral, á las buenas costumbres, á la regeneración de la mujer y á la educación de los niños. No era un pensador abstracto, sin embargo, sino «un propagandista individual», apasionado, un regenerador infatigable, capaz de *trabajar* á un amigo impenitente durante un año seguido, con la misma tenacidad que emplea un misionero. Era muy laborioso, sobrio por instinto y por propósito, que así sabía privarse del vino y del tabaco, como dar los céntimos que le sobraban por la causa que servía y para



coadyuvar á la confección de opúsculos y de retratos, de diarios y calendarios socialistas, con los cuales tapizaba las paredes de su cuarto. Bueno y sencillo en el fondo, no abrigaba antipatía profunda contra los burgueses, pero tenía la idea fija de turbar el sueño del prefecto, y creía estar de continuo vigilado por las autoridades, de las cuales solía hablar con tono compasivo, como si cada día inventara una nueva trama para despistarlas. Para los actos más sencillos de la vida tomaba toda especie de precauciones, como si se tratase de organizar una conspiración ó de hacer estallar algún complot de esos que acaban con la vida de un gobierno.

Apenas había subido, empezó á hablar conmigo en voz baja, pero con viva satisfacción, acerca del movimiento electoral, diciendo que se preparaba bien la cosa: Se le escapó una sola frase en voz alta:

—Turín va á levantarse.

El caballero que leía la *Gazzetta* le oyó y le miró un momento con gran estupor. El, por su parte, continuó hablando. Subió más gente al carruaje. En un momento dado, después de mirar á mi alrededor, vi al otro lado de la plataforma los anteojos y la barba gris de aquel enemigo mío misterioso, que cuando me veía en una parte del tranvía, se marchaba por la otra. Me miraba, así como á mi interlocutor, con los ojos dilatados y relucientes, con expresión de desdén tan viva y de tal antipatía, que parecía cada una de sus ojeadas el resplandor de un rayo. ¡Entonces comprendí que odiaba en mí al socialista! Entonces pasó por mi mente la idea de que aquel hombre, que con tanta furia me miraba, podría ser el autor de una carta anónima que se me había dirigido pocos días después de la muer-

te del presidente Carnot, y que empezaba con estas palabras: «Digno amigo de Caserio...»

¡Y yo que había formado el propósito de conquistarle! Adivinaba la causa del odio que sentía hacia mí, y no me quedaba otro recurso que resignarme á tomar tila; pero, de todos modos, el misterio quedaba descubierto; había hecho en mi pequeño estudio del tranvía mi primer descubrimiento importante, y ¡quién sabe si aquel hombre era un Ives Guyot italiano, el devorador de socialistas franceses que tan escaso bien había hecho á su patria!